giéndoles, sea por la acción del Estado o de leyes que no les condene a una ineludible miseria. Por eso la ley promulgada recientemente tiende a amparar a esos recios luchadores que en las regiones apartadas del país, son como heraldos de la civilización y llevan sobre sus espaldas la penosa tarea de abrir al esfuerzo humano, nuevos horizontes, nuevas perspectivas de desenvolvimiento agrícola como premio a su laboriosidad y a su tenaz y fuerte espíritu de lucha".

Tienen esas palabras la fecunda inspiración de un evangelio. El sabio autor de "El Gobernante y el Hombre", no propone un problema: muestra la solución del problema. La génesis de su idea se encuentra en el Código de Malinas. Es así como nos muestra que el Cristianismo regenera y conforta. Es esa convicción cristiana la que, de hombre de la llanura lo hace pensar, en que si alguna vez llegara a encontrarse frente a los destinos de la Nación, labraría con sus convicciones la felicidad de su amado pueblo. Un Presidente así merece un sector de acción más amplio. Cabeza tan admirablemente organizada puede desempeñar deslumbrante papel en escenarios como México, como Argentina, etc. Es muy pequeña Costa Rica para él; muy pequeña y muy despoblada. Deben ponerse de pie nutridas muchedumbres para contemplarlo y aclamarlo porque sus ideas regeneradoras que le hemos seguido con fervoroso recogimiento en su interesante Opúsculo y que bien merecen una página de Romain Rolland, cuando él haya dejado la Presidencia, brillarán como un bronce de la Raza sobre las cumbres de América.

Alajuela, febrero de 1943.

Sobre el mismo tema

Desamparados, 4 de enero de 1943.

Señor Presidente de la República,
Dr. don Rafael A. Calderón Guardia

Casa Presidencial, San José.

Honorabilísimo ciudadano:

He leído con profundo respeto su exposición de las íntimas convicciones que le han movido para actuar como Jefe de Estado de nuestra nación y que publicó la Revista de los Archivos Nacionales, inteligentemente dirigida por el General don Jorge Volio, en su edición números 11 y 12 del año 1942. Quien le escribe estos renglones es un humilde maestro de escuela, que como Ud. quiere ser sincero en su pensamiento y en sus sentimientos.

Posiblemente hoy seré yo una voz aislada que se levanta de un rincón de nuestra pequeña República para dar justificación a su obra de Gobierno, porque en mi espíritu fluye también la corriente de justicia social que es nece-

saria para solucionar nuestros problemas de bienestar colectivo que amenazan a nuestra patria y al mundo entero. Nuestra civilización occidental, que se inicia con el advenimiento de las doctrinas de Cristo, ha venido evolucionando constantemente, pasando por agudas crisis en las que alternan las corrientes materialistas y las corrientes espiritualistas propias de la constitución esencial del hombre, compuesto individuo de espíritu y de materia.

Una ligera ojeada a través de la historia nos pone en capacidad de distinguir las épocas en las cuales el desequilibrio provocado por cualquiera de estas dos fuerzas, trae el predominio ya del espíritu, ya de la materia. Nuestros últimos siglos han sido esencialmente materialistas, en los cuales la mente del hombre sólo ha buscado su objeto inmediato, que le proporciona bienestar temporal, haciendo caso omiso del bien supremo del espíritu que reclama la Justicia Divina.

Es así, como el acumulamiento de bienes materiales—que son exhaustivos—ha provocado un desequilibrio natural, llenando las arcas de unos pocos, para aniquilar en forma alarmante las posibilidades de las mayorías y estableciendo en esta forma la clase capitalista y la clase desheredada. Pero cómo, dirán algunos, no vivimos los postulados de igualdad y de fraternidad de la Revolución Francesa, que dieron origen a la democracia? Ay, señores: La Revolución del 89 dió al traste con el poder de la nobleza para caer en manos del poder del capitalismo. Entonces derroquemos el capitalismo mediante la revolución socialista o comunista—dirán otros—. Pero entonces, caeremos en el poder estatal o en el poder obrerista y sólo le habremos dado vuelta al cubo para verle otra cara, pero mantendremos el desequilibrio universal.

A mi modesto parecer, el equilibrio vendrá cuando a la par del objetivo material inmediato, busquemos el objetivo espiritual mediato, tal como lo establece el socialismo cristiano; cuando pongamos nuestro cerebro frente a la investigación de la ciencia, pero sintamos las pulsaciones del corazón en presencia de las realidades pesarosas de nuestros semejantes; cuando el capitalista ponga sus recursos a funcionar, pensando que quienes le sirven para tal operación, son seres que como él gastan energías, que tienen derecho a la felicidad relativa y que todo trabajo debe ser compensado con la mayor equidad; que su propio bienestar está supeditado al bienestar común; que no podrá haber conciencia tranquila y paz en el corazón, mientras las masas trabajadoras mantengan su espíritu agitado y en zozobra por las acechanzas de la miseria, del hambre, de las enfermedades y de la muerte; que los niños—futuros portadores de riqueza a sus propias arcas—serán mejores si hay en su cuerpo la fortaleza necesaria para un mayor rendimiento y en su espíritu una franca simpatía por las actuaciones de su patrón, porque no soñemos que se realice nunca la completa y duradera igualdad entre los hombres, que no existe en ningún orden de la naturaleza. Finalmente, cuando los políticos encargados de gobernar a los pueblos piensen que su obligación sagrada es servir al bienestar de sus gobernados y renunciar al bienestar personal y a la vanagloria, tal como Ud. señor Presidente lo manifiesta en sus páginas que yo he leído con verdadera unción.

Los cuerpos desviados de su gravedad son inestables; así nuestra sociedad universal, mientras no equilibre sus fuerzas materiales con las fuerzas espirituales, no tendrá base firme para perdurar. La post-guerra—me atrevo a pensarlo—traerá la solución de estos magnos problemas; y aquellos pueblos que estemos preparados o en vía de preparación desde ahora, seremos los que más rápidamente nos acondicionemos a la nueva vida. Por eso aplaudo sinceramente su obra social antes que cualquier otro aspecto de su administración; la posteridad tendrá que reconocer en Ud. al precursor e iniciador de una nueva era en nuestro país; al hombre que formado en un ambiente de cristianismo bien entendido, forjó su espíritu en las enseñanzas de Cristo y en la realidad dolorosa del pueblo abatido, que en más de una ocasión halló alivio en su mano amiga y en su gran corazón.

No me atrevería a decirle—pues perdería sinceridad—que su administración es admirable desde todo punto de vista, pues que nuestro sistema político está viciado y que el gobernante no puede realizar todo lo que desea, sin chocar irremediablemente con intereses creados y con hombres corrompidos que no saben como Ud. desasirse de sus propios mezquinos intereses. Sé también que a Ud. le ha tocado actuar en una época bastante difícil en cuanto a las rentas fiscales que mantienen la marcha progresiva de la nación, y que se ha visto en la necesidad de echar mano a empréstitos—que aunque no son bien vistos por la ciudadanía—al menos han aliviado la angustia y la estrechez económica producidas por la guerra. Pero por sobre todo, veo en Ud. al Presidente que se ha esforzado, el que más, por conseguir el reajuste social que ha de mantener a Costa Rica al margen de las luchas intestinas, para que podamos cantar gallardamente ahora y siempre las profundas estrofas de nuestro himno:

"Bajo el límpido azul de tu cielo,
vivan siempre el trabajo y la paz!

Del señor Presidente, con mi aprecio distinguido, atentamente,

GABRIEL UREÑA M.
Alumno de la Universidad de Costa Rica

Genealogía de la familia Soto

(San Martín y Soto) (*)

Por el Dr. Raúl Orozco Casorla

Aunque son varias las familias Sotos de Costa Rica, solamente me ocuparé de la que originalmente se llamó San Martín y Soto, por ser la más importante y cuyos descendientes forman la mayoría de los Sotos que se encuentran en las provincias de Alajuela y Heredia.

(*) NOTA: Tiene gran importancia esta genealogía porque los descendientes de Don Diego de San Martín y Soto pueblan casi por entero las provincias de Heredia y Alajuela, amén del mérito y renombre de muchos de ellos.—*N. de D.*